

# GUÍA PARA LA INTERGENERACIONALIDAD:

## Convertir los retos de las sociedades longevas en oportunidades

INFORME INVESTIGACIÓN



**Interreg**  
España - Portugal



**PSL**

Programa  
para una  
Sociedad  
Longeva

**CENIE**

**Mariano Sánchez Martínez**

**Pregunta 1. Reflexión personal sobre la sociedad longeva y el futuro, una visión sobre cómo podemos ser sostenibles de una manera integral así como retos y oportunidades a destacar.**

No existen sociedades longevas —más allá de una forma de hablar—; lo que pueden existir son personas longevas. Es cierto que cuando la proporción de esas personas es elevada hay quienes toman la parte por el todo y saltan de nivel: pasan a hablar de sociedades longevas. Sin embargo, este concepto alude a una entelequia —un horizonte de deseo, en todo caso—; por si alguien lo dudaba, la pandemia del coronavirus SARS-CoV-2 y la incidencia mortífera de la enfermedad COVID-19 lo han dejado muy, muy claro. Lo que sí es un hecho es la existencia de diferencias significativas en esperanza de vida entre unas ciudades y otras de nuestro país y, lo que es más aún más importante, entre barrios y hogares dentro de una misma ciudad.

Las desigualdades y la precariedad en la vejez están muy presentes, no lo olvidemos; de hecho, creo —y esto, como los párrafos que siguen, es tan solo una reflexión personal— que tienen más fuerza, persistencia y capacidad multiplicadora que lo contrario: una auténtica igualdad y suficiencia de recursos generalizadas. De hecho, nada me parece que podría llevarnos a asegurar que las tasas de longevidad alcanzadas vayan a mantenerse, menos aún a mejorar. Hablar de una sociedad longeva incide en una equivocada obsesión por lo cuantitativo —el éxito consiste en vivir más tiempo— que coloca en un segundo plano lo cualitativo —no importa tanto cuánto se vive sino poder vivir humana y dignamente—. A este respecto, la “epidemia de soledad” de la que se habla más cada día es un indicio inequívoco de que, hoy por hoy, envejecer bien a lo largo de una vida longeva no está garantizado.

Luego está la cuestión de qué hacer con la longevidad alcanzada, ¿qué hacer con esos años que se van añadiendo y que, en principio, se suelen plantear como un logro? ¿Cuál es el sentido de una vida más y más larga y, en su caso, cómo prepararse para vivir más y mejores años? El sentido de la vida no se logra por el mero hecho de vivir, de pasar un día tras otro, no es simplemente cuestión de durar más; ese sentido hay que buscarlo y ganárselo, en medio de un contexto en el que la oferta de sentidos prefabricados abunda en forma de múltiples procesos institucionalizados. Y el envejecimiento —entendido como la dimensión temporal de la vida humana— ha sido y es materia de profunda institucionalización, es decir, de regulación mediante patrones que empujan nuestras vidas en términos de secuencias de posiciones y de orientaciones sobre cómo organizar nuestros planes y experiencias.

En el espacio geopolítico de Europa occidental nos hemos dotado de cursos de vida muy organizados en torno a la educación obligatoria y la producción en forma de trabajo laboral; y la jubilación —para quien ésta es posible—, que sigue siendo fundamentalmente un tiempo de retiro, cuando no de expulsión. Parece mentira que aún sigamos pensando en términos de esta tríada —educación, trabajo, jubilación—, a pesar de saber que no todo el mundo puede incorporarla a su vida, entre otras razones porque solo es un recorrido factible si se cuenta con las condiciones adecuadas en la infancia; de otro modo, sabemos que las desventajas no hacen sino acumularse. El curso de vida no puede ser visto como una trayectoria lineal porque está plagado de crisis, choques y giros bruscos, más aún en entornos de cambio creciente y diverso como los que nos rodean habitualmente. La sensación de inseguridad, incertidumbre y contingencia es aplastante.

Por otro lado, está la pregunta de cómo enfrentarse a vivir vidas supuestamente más largas — en comparación con las de nuestras abuelas, por ejemplo. Mi impresión es que, en general, hay mucha improvisación: estamos demasiados ocupados en el día a día o en el corto plazo como para vivir con la conciencia de que podríamos tener una vida extensa —al fin y al cabo solo es una posibilidad, ¿por qué dedicarle tiempo y esfuerzo entonces?—. Esta toma de conciencia es poco probable, además, por la segmentación etaria que nos rodea: si tenemos poco acceso a la experiencia de quienes saben lo que realmente supone vivir muchos, muchos años —¿quiénes y dónde se relacionan con personas centenarias, a no ser que se trate de un familiar cercano?—, ¿cómo vivir nuestro día a día con la idea de longevidad en mente y en acto? Se puede pero es menos probable.

La conclusión general es que padecemos un enorme analfabetismo temporal: poco sabemos y hemos trabajado como sociedad en torno a los códigos, los símbolos y los lenguajes para poder leer y entender nuestro envejecimiento, es decir, el sentido del paso del tiempo, de los tiempos, en nuestras vidas. Da la impresión de que todo lo temporal se reduce a celebrar un cumpleaños más cuando llega la fecha; el hábito abusivo y raquítico de la repetición de ciclos de 365 días ha nublado muchas otras posibilidades de consideración del tiempo, no solo a lo largo sino a lo ancho. El tiempo del cumpleaños es un tiempo longitudinal e individual —apenas permite la comparación entre unas edades cronológicas y otras—; sin embargo, vivimos enlazados a los tiempos de otras personas, de diversas cohortes, de múltiples generaciones y, por tanto, necesitamos una visión del tiempo múltiple, transversal y colectiva. **La edad ya no es lo que era, pero actuamos como si nada hubiese cambiado.** Dicho de otro modo, “mi posible longevidad depende en gran medida de nuestra posible longevidad”. Por ejemplo, la permanente y creciente necesidad de cuidados por numerosas formas de fragilidad, vulnerabilidad y dependencia lo demuestra.

**Ante la pregunta de cómo podemos ser sostenibles “de una manera integral”, mi reflexión es clara: hoy por hoy no podemos.** Y no podemos porque no hay un deseo ni una visión colectivos suficiente para ello. La búsqueda de horizontes individuales o, si acaso, grupales pero gregarios, parece ser la norma; en el caso de España me parece indudable: no veo por ningún sitio un proyecto colectivo de calado que nos mueva hacia un mismo horizonte compartido como sociedad. La fragmentación es altísima y, con ella, la precariedad y la enorme desigualdad. No hay sostenibilidad integral posible cuando ni siquiera se dan las condiciones ni hay voluntad para un diálogo abierto al respecto. Por poner un ejemplo, de los distintos niveles de escucha de los que nos habla Otto Scharmer —cofundador del Presencing Institute—, el que necesitaríamos más para hacer posibles vidas sostenibles —que él denomina nivel generativo— por su vocación de abrirle espacio al futuro que se quiere hacer emerger, apenas lo veo.

Para mí, este tipo de escucha tendría que estar conectada con un diálogo dialógico: inclusivo, interdependiente y que se concentra no tanto en lo que se quiere decir sino en comprender a las otras personas. Me refiero a un diálogo relacional que antepone el nosotros al yo y la emergencia de lo nuevo esperanzador y colectivo —la posibilidad de vidas dignas y duraderas para todas las personas— a la sensación de control sobre el status quo que nos hace sentir falsamente seguros.

Llegados a este punto es cuando gana todo su sentido hablar sobre el tema de las alianzas intergeneracionales. Estas alianzas, si están bien planteadas y realizadas, pueden ser una oportunidad para promover, por un lado, **una conciencia más compleja y enriquecida sobre qué supone el paso del tiempo en nuestras vidas**; por otro lado, —en cantidad pero, sobre todo, en calidad— en nuestro día a día. Decenas de veces he preguntado a personas jóvenes, de entre 18 y 21 años, con cuántas personas mayores de 80 años, que no sean parientes, mantienen una relación de amistad; y decenas de veces he recibido por respuesta “Con ninguna”.

La carestía — cuando no la imposibilidad — de mantener relaciones con personas de distintas generaciones, sobre todo si la distancia generacional es considerable, es un hábito que necesitamos cambiar porque asfixia la longevidad: si la clave de un buen envejecer son las relaciones, ¿por qué debería merecer la pena envejecer más si ello equivale a soledad, aislamiento y exclusión relacional? La creciente —aunque aún débil— conciencia sobre la existencia de un rampante edadismo puede ayudar. La cuestión es si estamos preparados para actuar eficaz e inteligentemente al respecto y si, llegado el caso, sabemos cuál es el método adecuado de actuación.







